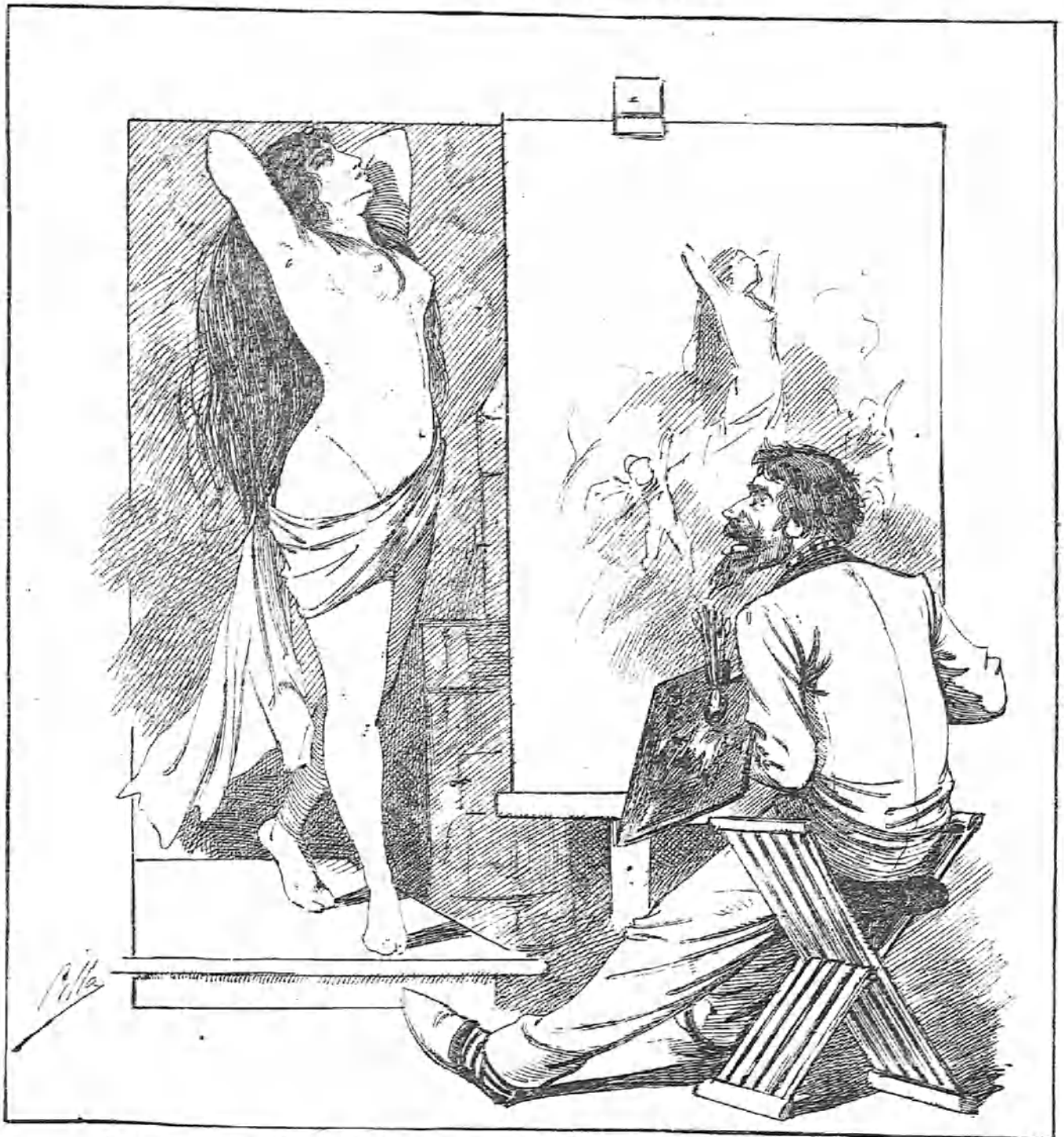


Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EN EL ESTUDIO



—Maestro, este cuadro me va á costar una enfermedad.

—Y á mi otra.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Viaje por los espacios imaginarios, por José Estremera.—Patuclo escocés, por Eduardo de Palatin.—¡Me la han quitado!, por Antonio Peña y Goñi.—Mi chifladura, por José Jackson Veyan.—El Ave-Maria, por Sinesio Delgado.—¡Piedad!, por Enrique Segovia Rocaberti.—Proposición de arreglo, por Julio Cabetas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: En el estudio.—Preguntas y respuestas.—Ingenuidad, por Cilla.



Un drama de Marcos Zapata es siempre un acontecimiento literario.

Por eso el miércoles acudió al Teatro Español lo que nosotros, los *revisteros*, llamamos el «público escogido.»

Iba á ponerse en escena el drama trágico *Otger*, escrito en catalán por el Sr. Ferrer y Codina, y traducido al castellano por el ilustre autor de *La capilla de Lanuza*.

Como drama, no es cosa mayor, pero los versos llevan la marca de fábrica que imprime á todas sus obras el inspiradísimo poeta aragonés.

Aquello es una carnicería que pone los pelos de punta, y cuando salimos del teatro, el número de cadáveres pasaba de seis. Después, es muy posible que haya habido nuevas desgracias entre bastidores, porque dejáramos á moros y cristianos unos frente á otros, dispuestos á hincarse el diente.

Pero esto no quita para que Zapata haya escrito bellísimos versos, que fueron ruidosamente aplaudidos, y para que la empresa haya presentado la obra con todo el aparato y propiedad que exige su argumento.

Vico, Calvo, Donato Jiménez, todos dieron muestras de su talento artístico; y nuestros lectores harán muy mal si no acuden á aplaudirles.

Aparte de que esto es justo, conviene de cuando en cuando experimentar una emoción fuerte y ver morir media docena de personas de muerte violenta, porque entonces compara uno la paz del hogar con las catástrofes del escenario, y se mete en la cama satisfechísimo, diciendo:

—¡Caramba! ¡De buena me he librado con no haber conocido á ese caudillo de la Cruz que tritura á los hombres como quien deshace barquillos de canela!

Los caudillos, Dios me perdone, pero eran muy brutos, y encuentra uno gran consuelo en no haberles tratado nunca, para no sufrir la suerte del pobre *Gilbert*, que llega á La Marca, de paso, tropieza con el caudillo, le saluda, bebe una copa á su salud, y después éste, por un quitame allá esas pajas, coge y le mata contra un bastidor, de mala manera.

En fin, desde todos los puntos de vista, conviene ver la obra estrenada el miércoles en el Español. El poeta y los actores han obtenido un triunfo, que es lo principal en estos casos; y si el caudillo da en matar gente... allá él.

Esas son cosas en las que no debemos meternos, porque para eso hay tribunales de justicia.

Ahora dicen que lo de los Cuatro Caminos no ha sido nada.

A un honrado industrial que paseaba en carruaje con su señora, le rompieron la cabeza los dependientes de consumos, pero nada más. Ni ha habido hachazos, ni violaciones, ni incendios, ni robos; en fin, al lado del caudillo de la Cruz, estos dependientes de consumos son unos niños de pecho.

Lo más que hacen, una vez que otra, es esgrimir el pincho, y si á mano viene, reventar á uno de un garrotazo; pero es lo que dice la autoridad:

—El respeto es el respeto, y la ley tiené que quedar encima, aunque perezca el vecindario. Hoy deja usted

entrar de matute una libra de lomo, y mañana la gente abusa y mete una ternera oculta en la parte interior del chaleco ó debajo de unas enaguas, y quien pierde es el Municipio.

—Pero, hombre—decíamos á un concejal,—procuren ustedes perseguir el matute sin derramamiento de sangre.

—No se puede; porque los dependientes son muy nerviosos y disparan sin saber lo que hacen. Días pasados los matuteros trataron de introducir un cerdo salado.

—¡Olé!

—Quiero decir, en salmuera.

—¡Ah! Creí que se trataba de un cerdo andaluz, saleroso de suyo.

—¿Qué hubiera usted hecho al ver al cerdo?

—Me le iría comiendo poco á poco.

—Pues, no, señor: el deber de los dependientes es cogerle y reducir á prisión á los introductores; pero como éstos no se dejaron prender, hubo necesidad de apelar á la fuerza. En fin, tres cadáveres....

—¡Claro! Como quien dice, tres besugos....

La prensa ha protestado más de una vez contra estos excesos de celo municipal, pero todo es inútil, y nadie está libre de salir mañana á paseo con su familia y que le hagan pagar á la vuelta derechos de introducción por los niños, á pretexto de su fealdad.

—Pero, si son pedazos de mis entrañas—dirá algún padre atribulado.

—Tiene usted que pagar los derechos.

—¡Esto es un abuso! ¿De cuándo acá pagan las personas?

—Esas no son personas.

—¿Cómo?

—Son cabritos disfrazados.

**

En las esferas de la política han predominado los temperamentos belicosos.

Algún padre de la patria, inofensivo de suyo, que viene siendo progresista desde el 56, en lo cual ha dado pruebas de la mayor mansedumbre, está ahora deseando que le digan tanto así para pedir una reparación.

Y es que se ha inficionado con la atmósfera que se respira en el Congreso de unos días á esta parte.

Ya le dice su mujer:

—Puro, tú no eres el mismo; tú regañas á la criada, y antes no levantabas la voz en este domicilio.

—Si esa mujer vuelve á echarle pimentón á la merluza, verás lo que hago....

—¿Qué?

—Soy capaz de enviarle mis padrinos.

—¿A una mujer?

—En cuestiones de honor no debe verse el sexo.

Alarmada la esposa del diputado con estos excesos de delicadeza, siempre que le ve coger el sombrero para dirigirse á la Cámara, le dice cariñosamente:

—¡Por Dios, Purito! No tengas susceptibilidades. Es lo único que te recomiendo.

LUIS TABOADA.

VIAJE POR LOS ESPACIOS IMAGINARIOS

(CONCLUSIÓN)

Á ANSORENA

¿Qué pasó en la gruta aquella entre mi sílida bella, los pejaros, usted y yo?... No diré lo que pasó sin consentimiento de ella.

El que trata á una mujer, discreción há menester, porque, á veces, es secreto lo que el hombre más discreto no podría suponer.

Tal, que debiera cifrar en su amor el bien mayor, quiere su amor ocultar, y no hay quien la pueda hablar, sin emojarla, de amor.

Si su licencia consigo, contaré cuanto usted quiera; pero si no, no lo digo, porque mi fiel compañero no se incomoda conmigo.

Proseguiré con mi cuento si lo permite mi bella. Conque tome usted asiento, porque voy á hablar con ella y.... soy con usted al momento.

Dije, y monté en la libélula que otra vez llevome rápida á aquellos verjeles mágicos.

donde tan bien lo pasé; pero ya ni dulces néyades, ni lagos, ni selvas vírgenes, ni tantos seres fantásticos en su lugar encontré.

En vez de los bosques fértiles que nos dieron sombras plácidas, un desierto y triste páramo se extendía en derredor. Entonces quedéme atónito y vertí copiosas lágrimas, para siempre ya creyéndome separado de mi amor.

Sentíme próximo al síncope y di suspiros tristesísimos; y cuando jugaba inútilmente lamentos y mi afán, de una roca seca y árida salió un duendecillo pálido,

y entregándome una epístola, dijo:— Toma, charlatán.

Y aquel duendecillo estúpido, por donde vino marchándose, con unos veinte centímetros (1) de narices me dejó.

Sentí el frío de un carámbano y se aflojaron mis músculos al ver en aquellas páginas lo que mi nieta escribió:

«Pues que fuiste tan gonzápuro que has ido contando al público las cosas que tú y yo únicamente debemos saber, di al lector de MADRID CÓMICO que tu imaginada esfíride te manda a freir espárragos, y no has de volverla a ver.»

JOSÉ ESTREMEIRA.

PAÑUELO ESCOCÉS

Y que la que no le lleve ni es buena moza ni chula: la clase no disimula el requisito más leve.

Porque ellas tienen sus modas, igual que las señoritas. ¡Y que están poco bonitas con esos pañuelos todas!

Morenas, rubias, trigueñas... ¡todas las hacen gracia: los usa la aristocracia de las chulas madrileñas.

El pañuelo y el mantón y por ojos dos luceros, y «¡a morir los caballeros!» como dijo Calderón (2).

Tiene gremio tan lucido un carácter muy marcado, y su estilo en el peinado, y su gusto en el vestido.

Y su cocina especial si sirven un festín; vana, hasta figurar para alguna ceremonial.

A lo que entre ellas se estila todo el gremio se acomoda, y ninguna va a una boda sin pañolón de Manila.

La novia, principalmente, ha de lucir el más rico, y mantilla y abanico aunque tirite el pariente.

Y un pormenor, que revela instintos de personajes: el pañuelo con encajes con que ha de tener la vela.

Usa su traje especial en cada ocasión: en Corpus, en San Antonio, San Isidro y Carnaval.

Y la muchacha infeliz que se halla «desaviada», ésa, ni es chula ni es nada, ni debe ser de Madrid.

Esa será de la plebe, no buena moza ni chula, que el gremio no disimula el requisito más leve.

EDUARDO DE PALACIO.

¡ME LA HAN QUITADO!

Dirán de mí cuando quieran mis dulces enemigos, los eminentes profesores de la *Sociedad de Conciertos de Madrid*; me pondrán como un trapo; algunos de ellos me adornarán con los epítetos más suaves y sustanciosos (cuando yo no los oigo, por supuesto); podrán, en una palabra, esos caballeros andantes de la música cerrar contra mí como cerraba Don Quijote contra los molinos de viento; pero nunca, nunca, nunca tendrán idea de los efectos que me ha producido la inhumana venganza que de ciertos ataques míos acaban de tomar.

¡Ah, crueles! ¡Ah, despiadados! ¡Ah, descorazonados! ¡Ah, fementidos! ¡Ah, infames! ¡Y gracias a que la cosa no me ha pillado desapercibido!...

Comienzo con la siguiente invocación, tomada de un romance popular en la cual parece haber *puisé* sus inspiraciones cierto poeta lírico-dramático moderno:

¡Madre azucena fragante!
¡Purísima Concepción!
Tu favor será bastante.
Prestarme, pues, atención
y sigamos adelante.

¡Se acuerdan ustedes de un artículo titulado *Conciertos Góndul* que publicó el año pasado MADRID CÓMICO? En mala hora lo escribí.

Aquel trabajillo inocente, aquel inofensivo petardo cayó, según parece, como una bombilla de dinamita en el casto seno de *Conciertos de Madrid* y estalló con un estrépito de todos los demonios.

La bilis de la egregia corporación, una bilis amasada durante años y años, se revolvió, se extravesó, se descompuso y, saliéndose de madre, produjo a la Sociedad un cólico hepático monumental, con retortijones, escalofríos, convulsiones, acentos de dolor y exclamaciones de ira.

Había que proceder contra el criminal; se buscó un testaferru literario, se le lanzó a la arena, como se lanzan perros de presa contra los toros que no dan juego, y el can fadó a la enfermería y hubo que apelar a otro expediente.

Reunióse la Sociedad en junta general, como el Tribunal revolucionario francés cuando había que dar gusto a las lamedoras de guillotina.

El Fouquier-Tinville de la corporación pidió la palabra y dijo:

—El criminal es socio honorario de nuestra augusta Sociedad. (*Movimiento de indignación en todos los lados del Salón Romero. Voces de ¡Que vergüenza! Otras de ¡Calle usted, hombre! Otras de ¡Parece mentira!*)

Fouquier-Tinville continúa:

—¡Sí, señores! Ese ignorante, ese osado, ese tío forma parte de esta inmortales corporación. (*Una voz: ¡Que lo eché! Otra voz: ¡Que lo ahorquen!*)

¿Podemos consentir este baldón? (*Exclamaciones: ¡No, no, nooooo!*) ¿Debemos continuar bajo el peso de esta vergüenza artístico-patrio-instrumental? (*Gritos de ¡No, no, nooooo!*)

¡Os reconozco en ese rasgo! Hay que echarlo. (*Voces de ¡Sí, sí, síiiii!*)

Hay que echarlo, como echamos a Sarasate, que vino a arruinar a una porción de padres de familia. (*Llantos, sollozos, aullidos de dolor. Dos padres de familia se desmayan; un violín segundo herpético se come una clavija. La emoción ha llegado a su calma. La escena es imponente.*)

¿Y cómo lo echamos? ¿A ver, ¡hay en el reglamento algún artículo que nos conceda el derecho de dejarle cesante de su destino de socio honorario? (*Una voz: ¡No le hay, maldito sea mi suerte!*)

¿Que no le hay? ¿Que no le hay? ¡Me futro en todos los críticos musicales de Europa si no se inventa algo para castigar al mamarracho ese que ha querido quedarse con nosotros! (*El violín segundo herpético: Asiste de balde a los conciertos.*)

¿Cómo? ¿Que asiste de balde a los conciertos? ¿Qué barbaridad! ¿Y por qué va de gorra a los conciertos? ¿Porque así lo dispone un artículo del reglamento? Pues me futro en que le mandamos desde que es socio honorario? (*Exclamación general y ensordecadora: ¡Que se le quite la butaca! ¡Fuera la butaca! ¡Que le den morticia!*)

Queda retirada la butaca por aclamación.

¡Y me la han quitado! ¡Sí, me la han quitado esos verdugos! No han tenido inconveniente en sumirme en el desconsuelo, en inferirme una herida cruel que ha destruido para siempre la tranquilidad de mi hogar doméstico.

¡Oh, vosotros, todos los que leáis MADRID CÓMICO, ¡attendite et videte si est dolor sicut dolor meus!

¡Y cuidado que habéis hecho yo todo lo humanamente posible para evitar tan espantosa decepción! Oigan ustedes, oigan ustedes lo que habíais hecho, que la cosa vale la pena.

Pues, señor, hace dos años recibí, como de costumbre, la butaca consabida, aquella con que me obsequiaba la Sociedad, en virtud de un artículo del reglamento que da a los socios honorarios el derecho de asistir gratis a los conciertos de la corporación.

La verdad, yo me había permitido anteriormente, en uso de atribuciones que nadie me puede negar, juzgar de cierta manera actos públicos de la Sociedad y de su actual director, y sentía algún bosquilleo al aceptar un obsequio, aunque fuese reglamentario, de personas a quienes mañana podía censurar colectivamente.

Quise tener la conciencia tranquila, y hé aquí lo que hice: entonces era yo amigo del presidente de la Sociedad, Sr. Conde de Morphy; le escribí una carta, en la cual ponía de manifiesto los escrúpulos que me asaltaban para aceptar la butaca en cuestión, y le devolví todos los billetes, dejando al criterio del señor presidente de la *Sociedad de Conciertos de Madrid* si debía aceptar el obsequio ó rechazarlo.

El Sr. Conde de Morphy me devolvió la butaca, acompañada de cariñosas líneas en las cuales me rogaba aceptase el obsequio que, en opinión del Sr. Conde, no podía en modo alguno servir de cortapisa a mis juicios críticos.

Agradezco al Conde de Morphy su afectuosa carta; pero, como «guía el cosquilleo, lo que hice fué dejar los billetes en un sobre, no asistir a ningún concierto, y rogar al director de *La Esfera*, de cuyo periódico soy, como se verá más tarde, de la Sociedad de Conciertos de Madrid; era entonces y soy todavía crítico musical, me relevase del trabajo de criticar los conciertos del Príncipe Alfonso.

Y, en efecto, no escribí ni una sola línea, ni lo hubiera hecho seguramente, si no haberme puesto la pluma en la mano la ridícula del *sigfrido universal* de música, que satiricé en mi artículo *Conciertos Góndul*. Ésta es la historia.

De modo que antes que Fouquier-Tinville y consortes me despojaron de la fantástica butaca, me había yo despojado de ella voluntariamente, y

(1) Un palmo, próximamente.

(2) Como que está en una errata a los que lean y gocen

viendo que «está la pata» que hace las chulas conocen *La Clavija*, de Zapata.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS



—¿Ha ayunado usted en los días de precepto?
—Sí, padre. ¡Y me pesa!



—¿.....?
—Cuando nos casemos.



—Si sospechara usted que su mujer le era infiel,
¿no la mataría usted en seguida?
—Hombre, no; porque en tal caso estaría viudo
hace muchísimo tiempo.



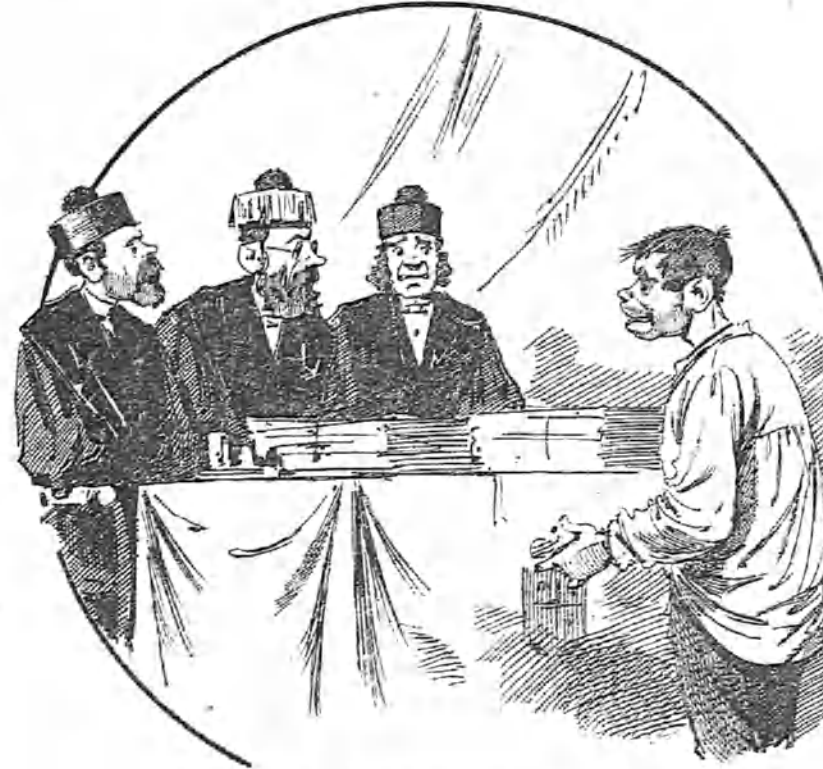
—¿Me hace usted el favor de icirme si es ésta la
calle de la Esperancilla?
—¡Ca! No, señor; venga usted conmigo.



—Diga usted, ¿cuál es el cuarto de la tiple primera?
—Aquí todas son primeras, caballero.
—Yo pregunto por la que se pone siempre la pri-
mera a mano derecha.



—¿.....?
—¿Eh?
—¡¡...!!
—Nada; no entiendo una palabra.



—Diga al procesado dónde estaba el día 24 de
Abril de 1873 á las seis y treinta y cinco minutos
de la tarde.
—Contestaré en zaguá que er zeñó Presiente me
diga onde estaba ese día á esa mezmá hora.



—¿Tienen ustedes ahí dos pesetas?

sólo había conservado el papel, la parte material, para acceder al afectuoso ruego del Sr. Conde de Morphy.

¿Qué les parece á ustedes? ¿No es verdad que á quien Fouquier-Tinville y consortes han hecho el feo es al Sr. Conde de Morphy, y no á mí? ¿No es verdad que á quien ha quitado la butaca la Sociedad es á su propio presidente, y no al autor de *Conciertos Grandiosos*?

Quiero vengarme, sin embargo, y quiero vengarme noblemente. Ya sabrán ustedes que desde que el Sr. Bretón dirige la sacrosanta Sociedad, los programas llevan una parte literaria titulada *Breves apuntes sobre los autores y obras que componen este programa*.

Como se conoce que en Madrid no hay crítica musical, ni gente erudita, ni nadie que sepa nada de nada, la Sociedad ilustra á sus clientes diciéndoles dónde nació Santiago Meyerbeer, Amadeo Mozart, Luis de Beethoven y D. Pedro Miguel Marqués, y cómo son sus obras, y de qué modo deben oírse, y si terminan *pianissimo* ó *fortissimo*, y si los fagotes tienen mucho que tocar y las trompas se exponen á dar *mores*, etc., etc.

Es como cuando se compra el Sedlitz-Chauteaud ó el Cloral de Follet. Rompen ustedes el envoltorio del frasco, y se encuentran con la instrucción que les dice á qué hora deben ustedes tomarlo y si ha de ser con cuchara grande ó cucharilla de café. ¿No es eso?

Pues bueno; en el programa del primer concierto me encuentro, á propósito del gran compositor francés Méhul, con lo siguiente:

«Este ilustre Compositor (así, con mayúscula) está justamente considerado como el verdadero fundador de la escuela nacional francesa, pues si la Ópera ya estaba creada en Francia, no tenía, en verdad, el carácter determinado que adquirió á partir de MÉHUL, merced á las diversas influencias que se disputaban el favor del público parisiense, representadas primero por LULLY, luego por RAMEAU y GRETRY, más tarde por GLUCK y PIZZINI.»

¡Me vaiga el Señor San Pedro, qué galimatías! ¡Pero, hombre de Dios! ¿De dónde ha sacado usted que Méhul fundó la escuela nacional francesa? ¿Quién se lo ha dicho á usted? ¿Quién le ha dicho ese disparate? ¿Y qué tiene que ver Méhul con la Ópera? Lo que hizo Méhul fué agrandar el cuadro de la ópera cómica, puesto que escribió óperas cómicas, zarzuelas francesas, como quien dice.

¡Méhul el verdadero fundador de la escuela francesa! ¿Dónde van á parar entonces Cambert y Perrin, Duni, Della Maria, Monsigny y Philidor? ¿Y qué influencias son esas que se disputaban el favor del público francés? ¿Y qué tiene que ver Rameau con Gretry?

¡Enterado habrá quedado el público con ese farrago laberíntico lleno de incoherencias, de confusiones y de anfibologías! Y todo ello para hablar, ó mejor dicho, para no hablar de la sinfonía de *La Casa*.

Después de haber *causado* este ramillete de desatinos, continúo y leo, á propósito del *Océano*, de Kubistáin, lo siguiente:

«Quizá peca de desigual esta importantísima sinfonía, pero llega á veces á tal grandeza, cuyo antecedente sólo puede hallarse en Beethoven.»

¡A tal grandeza cuyo antecedente! ¿En qué idioma está escrito eso? ¿Qué significa ese *cuyo*? ¿De dónde ha salido ese *cuyo*? ¿A ver, quién me instrumenta ese *cuyo*?

Llegó la hora de la venganza.

Yo me postro humildemente de hinojos ante la *Sociedad de Conciertos de Madrid*, y exclamo compungido:

—Sociedad grandiosa, civilizadora é inmortal! Haz con el autor de los *Breves apuntes*, etc., lo que has hecho con mi butaca. Suprímelo, quítalo, hazlo desaparecer de tus programas literarios. Y así te evitarás nuevos atentados contra la Historia de la Música en Francia, y la Historia de la Gramática en España.

ANTONIO PEÑA Y GONZ.

MI CHIFLADURA

Perdurables criaturas de un mundo tan informal, no existe un solo mortal que no tenga *chifladuras*.

Uno aborrece, otro adora, aquel tiene fe, éste niega, uno abraza, el otro pega, éste vive y aquél muere.

A unos les da por ser pillos, otro se la echa de honrado, y este mundo desdichado es una olla de grillos.

Todo mortal, mucho ó poco, de *chifladuras* padece, y el que más cuerdo parece, tiene sus venas de loco.

No hay uno solo entre cien: á la excepción no me ayengo, y yo, á temporadas, tengo mis *chifladuras* también.

Ahora tengo una afición expuesta como ella sola: el mirar á la pastora; la pistola de salón.

La familia está en un brete, porque yo tiro con bala en el despacho, la sala, la alacena y el gabinete.

No cese de disparar, y tanto mi pulso adiestro, que he resultado ser *vaquerío* en el arte de tirar.

A diez pasos, que es de otra, le quito con precisión á la criada un melón de encima de la cabeza.

Mi capricho lleva á mal; pero yo tranquilo estoy. Si en la cabeza la doy, melón por melón, igual.

Tiro muy bien, y me alegro por si á algún lance me arrojo. Ayer le acerté en un ojo al retrato de mi suegro.

Hice un blanco sin igual. Le dí donde le apunté; tomá, y eso que tiré con el temor natural.

¡Ay del que mi orgullo pique ó del que encienda mi enojo!..... Caricatura que cojo, la fusilo en un tabique.

Yo por los monos deliro y son mis blancos mejores. ¡Sobre todo, á los autores con qué cariño les tiro!

Lo confieso con franqueza; de mi crimen no me asusto. ¿Autoritos?... ¡Me da un gusto pegarles en la cabeza!

No me inspiran compasión. Ayer cometí el desliz de quitarle la nariz á un busto de Calderón.

¡Qué diversiones tan bellas!..... ¡Andar á pistoletazos!..... Comiendo, rompo á balazos el cuello de las botellas.

Mi mujer sufre la cruz y no se atreve á chillarme. Por la noche, al acostarme, de un tiro apago la luz.

Cuando á los chicos les gruño, se esconden los pobrecillos. ¡Tengo á mis ocho chiquillos metiditos en un puño!

No tengo otra diversión; el tirar es mi ventura. Esta es hoy mi *chifladura*: ¡la pistola de salón!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EL AVE-MARÍA

(SEGUNDA PARTE)

El sagrado perfume del incienso satura todo el aire de la iglesia, y los rayos de luz en las ventanas con los cristales de colores juegan.

En el altar mayor, entre dos cirios que con fúnebre son chisporrotean, la imagen de la Virgen se levanta, con manto de tisú con lentejuelas.

Allá, en las altas bóvedas, parece que rumba el eco de plegarias tiernas, murmullos de oraciones fervorosas acompañados de invisible orquesta.

Y en el desierto templo nada turba ese sosiego místico que lleva á pensar en la dicha de los cielos y en las duras fatigas de la tierra.

Todo convida á orar. Una campana en la espadaña del convento suena, y á través de la espesa celosía desfilan lentamente sombras negras.

Los reverendos frailes se arrellanan en los anchos sillones de vaqueta y, á juzgar por las trazas, se disponen á continuar la interrumpida siesta.

Pero de pronto el órgano recibe la caricia del viento en las trompetas, y llena el templo todo con sus notas de angusta sencillez y de grandeza.

Lamentos de contritos pecadores que adoran á la Reina de las reinas, ayes de angustia, gritos de socorro la cadenciosa música semeja.

Se apaga el cuchicheo, y apoyando en los anchos respaldos las cabezas, rompe á cantar el coro:—Ave, María— con voces graves, varoniles, llenas.....

También esta oración subió á la gloria con la del regimiento de reserva; pero ésta no pasó de los umbrales, porque San Pedro se durmió con ella.

SINESIO DELGADO.

¡PIEDAD!

¿Cómo estás, Sinesio? ¡Bien, eh? No sabes cuánto me alegro. ¡Dios te conserve la salud!

¡La mía! Mediana, chico, mediana. ¡Este pulmón izquierdo sigue tan rebelde! Como está á la izquierda, que es el lado de la oposición, nunca se aquieta; en cambio, el derecho, esto es, el ministerial, tan sumiso. ¡Vuelvo de mis entrañas!

¿Qué es eso.... vas á aconsejarme alguna cosa? ¡No, por Dios! Si en algo estimas mi amistad, no me aconsejes remedios de ninguna clase.

Precisamente este articulejo es un desahogo contra los médicos de afición.

¡Qué plaga, señor!

Sin consideración á mi estado, todos se creen con derecho á martirizarme.

—Tiene usted mala cara—me dice uno.

—No es extraño; llevo tres meses enfermo.

—Pues á cuidarse, á cuidarse. Hombre, ¿por qué no toma usted las aguas azoadas? También sería conveniente algo de gimnasia, sobre todo, mucha carne y buen vino de Burdeos; Burdeos á todo pasto.

—Pues bien, cuando usted guste, envíeme un centenar ó dos de botellas.

—Vamos, hombre, veo que no se ha perdido el buen humor—dice dándose una palmadita, y se aleja.

Me topa, en el sentido literal, un antiguo conocido, corto de vista, que al principio no me conoce, y luego para disculparse me estruja con abrazos de oso.

—¿Qué es eso, amigo? (acercándose la nariz más de lo conveniente). ¿Conque sigue usted enfermo? Ya, ya se ve; tiene usted la misma cara que un primo mío que enterramos hace ocho días.

Tras este viene una señora que me tiene mucho afecto:

—¡Qué cara, hijo! ¡Parece usted un desenterrado! Cuidese usted, cuídese usted mucho. ¿Sabe usted lo que debe tomar? Pues....

Aquí una lista de cocimientos, pastillas, cataplasmas, sudoríficos, revulsivos y barbaridades que llenarían una columna.

Un banquero, á quien trato no se por qué rara coincidencia, me aconseja ir á invernar á Niza, pero no me ofrece su caja.

Un devoto de Baco me dice:

—Déjate de potingues! Vino puro, vino puro. ¿No me ves á mí? Pues si no hubiera sido por el vino, ¿dónde estaría ya! El vino es lo que me sostiene.

¡Y mientras dice esto se tambalea de un modo alarmante!

Una devota, en oposición al borracho, me ha recomendado el agua de Lourdes.

En fin, querido Siseno, que, además de los padecimientos naturales, sufro las impertinencias más ó menos inocentes de estos médicos y médicas de afición que á cada instante me asaltan.

Para librarme de unos y de otras, acudo á la publicidad del MADRID CÓMICO.

Yo no necesito consejos: en la enfermedad, como en la guerra, lo principal, para vencer, es dinero.

Conque absténganse todos de aconsejarme.

Ó denme un duro por consejo.

Sería lo más práctico.

L. SEGOVIA ROGABERTI.

PROPOSICIÓN DE ARREGLO

Hace dos meses, Consuelo mía, que terminamos las relaciones.

Si tú supieras qué desazones estoy pasando desde aquel día!

Me voy poniendo como un fideo, estoy enfermo de hipocondría ¡y hasta más feo!

Ya mucha gente se ha figurado que llevo vida de calavera, porque no sabe que hemos tronado, ¡si lo supiera!

No me acostumbro (¡sies imposible que me acostumbre!) á estar privado de aquella lumbré de tus miradas, irresistible, de las palabras como las mieles de tu boquita, y de tus labios como claveles y de tu cara tan rebonita....

Por eso, triste, desesperado, sin tí no vivo, y así me quedo pálido, mustio, desfigurado, con una cara y unas ojeras que meten ruido; y lloro á solas.... ¡Si tú me vieras, comprenderías cuánto te adoro!

Pero más vale que no me veas, que cuando lloro

¡hago unas muecas bastante feas!

Sólo por verte la vida paso plantado enfrente de tus balcones, sin hacer caso

de la modista del entresuelo, que ha equivocado mis intenciones y me hace señas con el pañuelo.

Es necesario que esto concluya y reanudemus las relaciones, hace dos meses interrumpidas por causa ¡aya!

tan sólo falta que te decidas, que es imposible que así sigamos, cuando podemos ser tan felices: conque, si quieres y me lo dices, verás qué pronto nos arreglamos.

Sólo te encargo que andes muy lista, porque si tardas, mira Consuelo, ¡pejo y me arreglo con la modista del entresuelo!

JULIO CABEZAS.



¿Hay algún medio ¡oh señores empleados de Correos! de que llegue el MADRID CÓMICO á manos de D. Miguel Lacasa, de Zaragoza?

Ya sé yo que puedo certificar los ejemplares, pero comprenderán ustedes que no me tiene cuenta. Y no pido gollerías; deseo únicamente que no le falten todos....

Porque pensar en que alguno no se ha de extraviar, es pensar en las copias de otros tiempos. ¿Verdad?

Un anuncio del Teatro Español:

«Se representará la chistosísima comedia semi de magia, hace muchas años no vista, titulada *El Diablo Profetador*, en cuya graciosísima obra el popular Merino Fernández hará las delicias del público con sus cómicas y oportunas improvisaciones.»

¡Caramba! Bueno que para llevar gente se llame á una obra chistosísima y graciosísima dos veces, y hasta puede pasar lo de *conf* de magia; pero eso de anunciar como decimos que un actor meterá *monillas*.....

Eso no lo habíamos visto hasta la fecha.

Tenía amores Trinidad Verdejo con Fulano, Mengano y Perenejo, cuando pidió su mano el señor don Zutano.

Y por eso decía Don Facundo.

—¿Qué cosas, ay, ocurren en el mundo!

Libros:

Los hijos del capitán Grapo en cualquier parte del mundo, novela humorística original de D. José Huertas Lozano. Forma el tomo segundo de la Biblioteca del *Don Quijote*. Precio, una peseta.

Orn, plecta, cobre y..... nada, zarzuela fantástica en un acto y cuatro cuadros, letra de D. Felipe Pérez y González, música de D. Angel Rubio, estrenada en el Teatro Merián.

Con la primera pluma, colección de artículos y composiciones en verso, originales de D. Javier Gómez de la Serna. Edición elegantísima. Un tomo. Precio, 2 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. M.—Sevilla.—Hombre, ésa me gusta poco. De las otras no me he decidido aún; pero publique usted la que quiera, teniendo cuidado de avisar, ¿eh?

Asno-Deo.—Sucio, pero con gracia, ¡eso sí!

Cero.—También sucios y..... no con tanta gracia, la verdad sea dicha.

Canilo.—No maneja usted mal lo serio, pero ésa, bien mirada, resulta desvergonzadita.

Dr. Canoa.—¿Doctor en qué? Porque lo que es en versificación, ni bacheliller siquiera.

Arietas.—No, señor; no sirven para ninguna parte, porque se ve que está usted empezando ahora. ¡Ah! Dispense usted: no se devuelven los originales.

Cocinitas.—Tanto el fondo como la forma, son demasiado inocentes. Eso hacía gracia hace muchísimos años.

Sr. D. V. S.—Requena.—Sin que esto quiera decir que ésa sea mucho menos inocente.

Buff, n.—Pues sospecho que eso lo ha copiado V. de cualquier parte, y que es cursi, sea de quien sea.

Marchelate.—¿Que lo ha hecho usted distraído?

¡Claro! ¡y así le ha salido!

El mismo.—¡Malito es!... ¡Mire V. que no contar las sílabas, hombre!

Uno que dudó.—Sigue con el mismo defecto.

H.—Flojito. Y allá no se escribe con *h* por ahora.

Cañute.—No, vapuleo no; pero ¡por Dios! no hablemos más de la vecina divina.

Sr. D. C. B.—Ni de los tenientes, si á V. le parece.

Un literato de provincias.—Bueno, pégue V. palos, pero con gramática. ¡Infeliz! ¿Qué ha hecho usted de la gramática?

Un mudo.—Sí, cállese usted. Porque no le llama Dios por ese camino.

Sr. D. M. A.—En el primer ensayo le ha salido á V. un epigrama fuerfecto y dos inocentes. Sin contar con que la forma....

K. T. Cisma.—Muy malo, mucho. Y echar se escribe sin *h*. ¡Estas *hachas* parten los corazones!

Un pendolista.—Bueno, caramba, va usted mejorando. No son publicables todavía, pero.... en fin, son mejores.

El licenciado Vidriera.—No envíe usted la firma. Me parece que con esto está dicho todo.

Sr. D. S. A.—Cádiz.—Ni sabe V. lo que son consonantes, ni cuenta usted las sílabas, ni.... En fin, nada.

Pasquín.—Sepa el mundo en este día

que el caballero Pasquín

ha escrito una tontería

con buen fin.

Roela.—¡Sí! ¡Cualquiera la roe! Cada verso es más duro que una piedrecita!

Cerullita.—No hace usted mal esas cosas. Cuando se le ocurra enviar otra remesa, firme con su nombre; yo escogeré las que me gusten, y no tendré que pedir la firma para un cantar.

Z. C. O.—No importa que el autor sea desconocido; el caso es que esos juegos de ingenio ya no hacen gracia á la generación presente. La fastidió Estrada con los pentacrósticos cruzados.

Sr. D. J. M.—Bilbao.—Son muy defectuosos. Se ve la inexperiencia. No puedo dar detalles, porque necesitaría extenderme demasiado.

Dos aburridos.—No me digan ustedes ésas cosas en verso. Si los versos han de ser así, sobre todo.



—¡Ujjajuj!... ¡que no! Como esta merluza de ahora
no la he pescas desde hace dos semanas.... ¡Ujjajuj!
¡que no!

ANUNCIOS

Tir. V. F.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO. FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
DIBUJOS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no
se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden
hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de
fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los tim-
bres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquida-
ciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que
no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del
mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fernánlez, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANIA COLONIAL

PREMIA DA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20
SUCURSAL: BOBTERA, 8
MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO
DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPOSTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo,
que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscritores, 3 pesetas.—A los no sus-
critores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscri-
tores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas
ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo,
elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.